



La Pascua. Acontecimiento y significado

Fra Angelico, La resurrección de Cristo y las mujeres en la tumba. (1439-1443)

Hoy existe una tendencia a ver la resurrección cada vez menos como un *acontecimiento* –un hecho real, histórico, objetivo, aunque en un sentido único– y a considerarla cada vez más como una idea abstracta, una metáfora, un modo de hablar, peligro que podemos advertir con claridad en el seno mismo de la Iglesia.

¿Y a qué se debe esto? Es evidente que la resurrección es un tema que hoy a causa a muchos creyentes un cierto embarazo e incomodidad, sobre todo cuando se la imagina de un modo demasiado material, como si se tratara de alguien que simplemente revive. Así entendida parece cosa de otro tiempo, algo impropio de un creyente moderno y sensato. Suena mucho más actualizado y atrayente concebir a Jesús como un gran líder espiritual que murió como cualquiera, y quedarse con sus “enseñanzas”, una versión empobrecida de la moral evangélica (por ej., la misericordia, el perdón, el amor, el compromiso social) que es la parte menos cuestionada, la que incluso los no creyentes están más dispuestos a aceptar y aplaudir, dejando de lado la parte más espiritual, misteriosa y difícil de racionalizar.

Y la manera más sencilla de soslayar la fe en la resurrección sin abandonarla formalmente es interpretarla como un mero símbolo, una metáfora, una manera de hablar, y disolverla en una serie de generalidades en las que todos podemos estar de acuerdo: que Dios nos ama, que el amor es más fuerte que la muerte, que “la vida siempre triunfa”, que Jesús camina con nosotros, etc.

Por supuesto que todas estas afirmaciones son muy verdaderas en sí mismas, y pueden expresar diferentes aspectos del misterio de la resurrección. Pero también pueden utilizarse como *slogans* que no orientan el pensamiento, sino que lo suplantán, o que en el fondo no quieren decir que Jesús vive, sino que es sólo su mensaje lo que “sigue vigente”. Porque aquellas frases sólo adquieren verdadero sentido cristiano cuando están fundadas en la realidad de la resurrección de Jesús, en la convicción de que ésta constituye un verdadero acontecimiento, que tuvo lugar en un lugar y en un momento determinado

de la historia, aunque no quede confinado por las coordenadas del tiempo y el espacio. En efecto, ¿qué puede significar “Jesús es el Salvador”, si en realidad no resucitó? ¿Qué puede significar que Dios nos ama, si nos deja librados a la muerte? ¿Qué puede significar la “victoria del amor” si la muerte es nuestro destino final e inexorable? Como dice San Pablo, “si Cristo no resucitó, es vana nuestra fe” (1 Corintios 15,14).

Un buen punto de partida es apreciar la enorme seriedad de los relatos evangélicos acerca de la Resurrección. Es cierto que las narraciones de los cuatro evangelistas tienen muchas incongruencias y no se podrían unificar en un único relato. Pero lo realmente importante es que, aun habiendo contradicciones en los detalles, los relatos pascales, espontáneamente y sin ningún esfuerzo previo de armonización, muestran una impresionante coincidencia en lo esencial (lo que vale mucho más que una coherencia perfecta pero buscada *ex-profeso*).

Ante todo, ningún evangelista relata la resurrección en sí misma, cómo sucedió, lo cual da a entender que no se están refiriendo al caso de alguien que “revive”. En la Biblia encontramos episodios sobre muertos que “resucitan”, como cuando Eliseo resucita al hijo de la sunamita (2 Reyes 4,8-37), o cuando Jesús resucita a la hija de Jairo (Marcos 5,21-43) o a Lázaro (Juan 11). Pero en todos los casos se trata de una “resurrección” en sentido impropio, que consiste en el retorno a la vida terrenal, un “revivir”. La resurrección de los muertos en sentido propio se esperaba sólo para el fin de los tiempos. Como responde Marta, la hermana de Lázaro, a Jesús: “Sé que (mi hermano Lázaro) resucitará en la resurrección del Último Día” (Juan 11,24).

Por eso es imposible pensar que la resurrección de Jesús haya sido una invención inspirada en otros episodios bíblicos. Los apóstoles no podían imaginar que Jesús pudiera resucitar “al tercer día”. En los Evangelios, cada vez que Jesús anuncia que morirá y resucitará al tercer día queda claro que los discípulos no entienden a qué se refiere. Otros han pensado que los relatos de la resurrección surgen de una alucinación colectiva de los primeros cristianos en una situación de extrema tensión por la muerte de su Maestro. Pero entonces cómo explicar la unanimidad esencial entre las distintas fuentes, la rapidez con que surge el anuncio de la resurrección pese a su carácter insólito e inaudito, la sobriedad y equilibrio de los relatos, la convicción con que lo anuncian los testigos.

La resurrección de Jesucristo es un acontecimiento real, pero al mismo tiempo reviste un carácter único; es un hecho objetivo que se da en la historia, pero a su vez la trasciende. Los evangelistas hubieran podido inventar alguna escena legendaria y rica en detalles, como la que puede apreciarse en algunas pinturas de la resurrección en las cuales se ven los guardias que custodiaban el sepulcro abrumados por la visión de Jesús glorioso emergiendo de la tumba, por ejemplo, en este cuadro de Rafael:



Rafael, Resurrección de Cristo (1499-1502)

Si los evangelistas hubieran dejado volar su imaginación, hubieran podido satisfacer la curiosidad de los lectores. Sin embargo, ninguno de ellos da ese paso en falso. Respetan lo insondable del misterio. Lo que ha sucedido es algo absolutamente nuevo e inaudito. Como dice el pregón pascual, el único testigo de la Resurrección fue aquella Noche:

*¡Qué noche tan dichosa!
Sólo ella conoció el momento
en que Cristo resucitó del abismo”*



**Giotto, Resurrección (1302-1305).
Capilla de los Scrovegni**

Sólo los ángeles son testigos de la resurrección del Señor y permanecen, como dice Juan, uno en el lugar de la cabeza y otro en el de los pies, como poniendo de relieve el espacio vacío del lugar que ocupó el cuerpo de Jesús. Los guardias duermen (no es el sueño fisiológico sino el sueño bíblico, la debilidad del ser humano ante

el exceso del misterio). María sólo alcanza a contemplar ese vacío que deja el Resucitado.

La tumba vacía no es una evidencia, una prueba, porque se podría pensar que “alguien se lo llevó”, como creyeron al principio María Magdalena, los discípulos y los mismos

enemigos de Jesús. En el Evangelio de la Vigilia (Mateo 28,1-10), el Ángel invitó a las mujeres y a nosotros: “Venid, ved el lugar donde estaba”. Hace falta contemplar la tumba vacía con una mirada de fe. Si la privamos de todo contexto, podría significar cualquier cosa. Pero si la consideramos en el contexto de las promesas de Dios y las palabras y gestos de Jesús, la tumba vacía se convierte en un signo deslumbrante: la muerte ha sido vencida desde dentro, no logró retener a su víctima, ha sido reducida a la impotencia. Lo mismo se significa con la pesada piedra que sellaba el sepulcro y que el ángel hace rodar. Nuestro destino ya no está “sellado”. Éste es el sentido de la secuencia de Pascua (la que se lee antes del Evangelio) expresa de manera poética el testimonio de María Magdalena sobre el sepulcro vacío.

En el mismo texto del Evangelio de la Vigilia (Mateo 28) se contiene también una aparición de Jesús resucitado a las mujeres que habían ido a unguir su cuerpo. Durante los tres primeros domingos de Pascua tendremos la oportunidad de meditar otras apariciones. Entre los diferentes relatos de las apariciones de Jesús resucitado, de sus encuentros con los discípulos, como dije antes, hay incongruencias. Acabamos de recordar la escena en que María Magdalena reconoce a Jesús resucitado y quiere abrazar sus pies, pero Él no se lo permite: “no me toques”, es decir, “no me retengas”. En el relato de Mateo, las mujeres logran asirse a los pies de Jesús, pero la toma de distancia está representada por las palabras de envío: “No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán” (Mateo 28,10).

En el fondo, en todos los relatos se nos transmite la misma idea: Jesús es el mismo de la cruz, pero es diferente. Se hace presente, sale al encuentro de los suyos, los reconoce y se deja reconocer, a veces incluso, se deja tocar, pero está revestido de una nueva condición. Aparece y desaparece, puede estar en Jerusalén o en Galilea, no lo detienen los muros ni las puertas cerradas, come y conversa con los suyos. Pero muchas veces no se lo puede reconocer a simple vista, como a un amigo que encontramos por la calle. De nuevo, no es una experiencia puramente interior, como todavía hoy se escucha decir a algunos teólogos, es una experiencia objetiva: los testigos realmente ven, oyen y tocan, pero los sentidos reclaman el auxilio de la fe.

Y porque no bastan los sentidos físicos, sino que también es necesaria la mirada de fe, los obstáculos interiores pueden impedir a los discípulos reconocer al Señor, como sucede con el episodio de Emaús: “algo impedía que sus ojos lo reconocieran” (Lucas 24,16). Esto explica por qué estos dos discípulos, que se alejan de Jerusalén decepcionados, no logran reconocer al misterioso peregrino que se les une: “Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel. Pero a todo esto ya van tres días que sucedieron estas cosas”. Y todo el camino será ocupado por un largo diálogo en el cual Jesús los ayuda a superar el desencanto, a comprender que el Mesías debía padecer para cumplir las profecías, hasta que comienza a arderles el corazón, se les abren los ojos y lo reconocen en el gesto de la fracción del pan, en el gesto de su entrega.

Nosotros no podemos pretender tener la *misma* experiencia que los apóstoles (verlo, escucharlo, tocarlo) pero creyendo en su testimonio por la fe entramos en comunión con Jesús, en un encuentro con Él que no es menos *real*: “Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros” Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1,3).

Y una vez recibidos con fe, los relatos pascuales se convierten en una enseñanza permanente. Nos enseñan que cuando sentimos dudas sobre la resurrección, el modo de superarlas no consiste en exigir “pruebas” (que, de hecho, son imposibles: ¿acaso hubiéramos podido filmar la resurrección o las apariciones del Resucitado poniendo una cámara? Por supuesto que no). El desafío es más bien vencer los obstáculos interiores: la pereza, la costumbre, el escepticismo, la desconfianza, la tristeza, el desencanto, etc. Necesitamos abrir los ojos para descubrir como los peregrinos de Emaús, que Jesús Resucitado ha estado caminando con nosotros desde el principio.

A lo largo del tiempo de Pascua meditaremos sobre la importancia de la resurrección del Señor para nuestra vida. Pero en el día mismo de la Pascua conviene no preguntarnos todavía para qué “sirve” todo esto, lo cual implicaría el riesgo de someter el Misterio de la Resurrección a nuestros criterios utilitarios: sólo existe lo que sirve. Hoy simplemente, contemplemos, recuperemos la capacidad de asombro, reconozcamos en la resurrección de Jesucristo el signo más luminoso del amor y la fidelidad de Dios, y adorémoslo con un corazón lleno de gratitud.

Lo que sigue viviendo no es simplemente “la causa” de Jesús, sino Jesús mismo. Como dice el Pregón Pascual sobre el final: “El Rey de la Vida estuvo muerto y ahora vive (...) Sabemos que Cristo resucitó realmente de la muerte”.

Preguntas para reflexionar

¿Cómo suelo vivir el tiempo de Pascua, como un tiempo más, o como un tiempo de alegría y esperanza?

¿Qué lugar ocupa en mi vida la fe en la Resurrección del Señor?

¿Soy testigo ante los demás, con mis palabras y mis obras, de la fe en la resurrección?

¿Experimento la presencia de Jesús Resucitado peregrinando conmigo en el camino de la vida?

¿Reconozco a Jesús Resucitado en la Eucaristía y los demás sacramentos?

ORACIÓN: Himno “Al fin será la paz y la corona” (Fuente: Liturgia de las horas)

Al fin será la paz y la corona
los vítores, las palmas sacudidas,
y un aleluya inmenso como el cielo
para cantar la gloria del Mesías.

Será el estrecho abrazo de los hombres,
sin muerte, sin pecado, sin envidia;
será el amor perfecto del encuentro,
será como quién llora de alegría.

Porque hoy remonta el vuelo el sepultado
y va por el sendero de la vida
a saciarse de gozo junto al Padre
y a preparar la mesa de familia.

Se fue, pero volvía, se mostraba,

lo abrazaban, hablaba, compartía;
y escondido la Iglesia lo contempla,
lo adora más presente todavía.

Hundimos en sus ojos la mirada,
y ya es nuestra la historia que principia,
nuestros son los laureles de su frente
aunque un día le dimos las espinas.

Que el tiempo y el espacio ilimitados
sumisos al Espíritu se rindan,
y dejen paso a Cristo omnipotente,
a quién gozoso el mundo glorifica.

Amén.

La Resurrección de Jesús y su significado

Nosotros estamos convencidos de que creemos en la Resurrección de Jesús. Pero sería muy sano para nuestra fe considerar la posibilidad de que estemos creyendo en otra cosa bajo rótulo cristiano.

En efecto, muchas veces llamamos resurrección a la creencia en que, cuando uno muere, el cuerpo desaparece para siempre y el alma se va al cielo, es decir, que el alma continúa con una especie de supervivencia que ya no tiene ninguna relación con el cuerpo en el que “habitó”. Pero eso no es la resurrección, es la creencia en la inmortalidad del alma, que no proviene de la Biblia, sino que es común a muchas religiones y corrientes filosóficas ajenas a la Biblia. Lo importante sería el alma. El cuerpo sería sólo su morada temporal, o su “cárcel”. Pero hay un “pequeño” problema con esto. Yo no soy solo mi alma, también soy mi cuerpo; sin mi cuerpo no permanezco yo, sino que permanece solo “algo de mí”.

Podría ser ésta la razón más profunda por la cual la resurrección de Cristo tiene poco impacto en la fe de muchos creyentes, como tampoco lo tiene la esperanza en “la resurrección de *la carne*” (cf. Credo). En la Semana Santa vemos a Jesús como uno igual a nosotros, cercano, que sufre en grado extremo nuestros propios dolores. Es un Jesús humano, reconocible. Incluso nos parece una conclusión lógica que después de su muerte vaya al cielo. Pero como vimos ayer, Jesús resucitado no es un “alma” que se fue al cielo y que se demora un poco más en la tierra: se aparece a los discípulos, se deja ver, tocar, abrazar, conversa, come con ellos. Los Evangelios insisten de mil maneras, casi obsesivamente, en que Jesús resucitado tiene un cuerpo, el mismo cuerpo que estuvo clavado en la cruz, aunque ahora esté revestido de una nueva condición. Por eso exhibe las llagas y las marcas del costado. Su cuerpo, aun estando glorificado, conserva las llagas de la cruz. No es un espíritu, es Jesús mismo. Si no tuviera su cuerpo, el que fue crucificado, no sería el mismo, no sería Jesús.



Contemplemos por un instante este cuadro de Pietro Novelli, pintor siciliano del s. XVII. El cuerpo del Resucitado llena todo el espacio del cuadro en un movimiento de abajo hacia arriba. Todavía está saliendo del sepulcro, en el acto de resucitar. Es el mismo cuerpo que estuvo crucificado, como lo atestigua la herida (aunque máximamente estilizada) de su costado. Parece una herida puesta a regañadientes, pero es ineludible, tiene la función de mostrar que es el mismo Jesús. Pero todavía no ha manifestado a la mirada de los apóstoles. Sólo están presentes los ángeles, que lo contemplan en silenciosa y asombrada adoración. El autor nos invita a unirnos a los ángeles en esa misma actitud.

Pero cuando escuchamos estas cosas desde el prejuicio de la mera inmortalidad del alma sencillamente las pasamos por alto, porque no les vemos sentido, nos incomodan e incluso nos avergüenzan. Y así nos arriesgamos a caer en un modo de entender la fe contra el cual Papa Francisco advierte con insistencia: el gnosticismo, una vieja herejía que sostiene que el cuerpo no tiene valor, dignidad propia, es a lo sumo un instrumento útil, cuando no una carga molesta. Y el gnosticismo dio lugar a dos tendencias opuestas:

- El libertinaje. Si mi cuerpo no es parte de quien soy yo, si no tiene valor propio, puedo usarlo como una cosa cualquiera. De ahí la inmoralidad sexual, lo que haga con mi cuerpo no me mancha, porque no soy yo, contra lo cual advertía S. Pablo diciendo: ¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo? (1 Corintios 6,19). Y como señalaba Juan Pablo II, el aborto, la manipulación genética, la eutanasia, etc., son fruto de esa mentalidad que no reconoce la dignidad de la vida física (destinada a la redención)
- El espiritualismo desencarnado, que busca “la fuga del mundo”, una evasión a un “mundo espiritual” paralelo y totalmente ajeno a este mundo, porque este mundo es pura apariencia transitoria. Y a partir del menosprecio del cuerpo, incluso la

misericordia puede perder sentido: si el otro sufre o muere, no importa demasiado, esta vida pasa pronto. “Voy a rezar por vos” puede ser una manera de rehuir a las personas, en vez de comprometerse con ellas. Y por la misma razón, ¿por qué comprometerse a mejorar el mundo con nuestro esfuerzo?

Ahora, hagamos un ejercicio.

Pensemos en algún recuerdo de un momento especialmente feliz que hemos vivido con nuestros seres queridos. Estoy seguro que a muchos de nosotros les vendrán a la mente escenas de comidas con la familia o los amigos. Incluso pueden recordar sensaciones referidas a las comidas en sí mismas, que a veces bastan para evocar la felicidad. (En una homilía una vez cité a Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*, cuyos recuerdos de la infancia se disparan al probar una magdalena mojada en el té).

Ahora, si yo digo “Cielo”, “Vida eterna”. ¿Qué imágenes les vienen a la mente? Posiblemente, algo etéreo. Formas vaporosas. Color celeste. El cielo que vemos cuando alzamos la mirada en un día con pocas nubes, o cuando miramos hacia abajo desde el avión. Nada demasiado estimulante si se trata de lo que nos espera en la eternidad.

En conclusión: felicidad y cielo no están muy relacionados en nuestra imaginación y en nuestra sensibilidad.

Pero en la Biblia, quizás la imagen más recurrente al hablar de la vida eterna como felicidad, comunión perfecta, plenitud, es el banquete, la reunión de personas que se aman en torno a la mesa. A veces incluso se alude a lo que se pone en la mesa: manjares sustanciosos, vinos exquisitos, y todo en abundancia, y todo gratis.

El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta montaña un banquete de manjares succulentos, un banquete de vinos añejados, de manjares succulentos, medulosos, de vinos añejados, decantados. (Isaías 25,6)

En la Biblia, la vida eterna siendo algo inaudito, “que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre” (1 Corintios 2,9), y sin embargo, está en una misteriosa continuidad con este mundo, la plenitud de la creación, no su sustituto.

La insistencia en que Jesucristo Resucitado tiene un cuerpo como el nuestro nos ayuda a entender ante todo que Él es el mismo de la cruz, que sigue siendo uno de nosotros, que lo que vemos en Él es lo que sucederá con nosotros, la glorificación final de nuestros cuerpos.

Y cuando hablamos de nuestros cuerpos hablamos de nuestro mundo (no hay cuerpo sin mundo), de todo aquello que aquí nos hace plenos y felices, de todo lo valioso, todo lo bello, de nuestro vínculo con las cosas, de todas las relaciones personales que nos hacen quienes somos, de nuestros amores y amistades, de los frutos de nuestra caridad, de todo nuestro trabajo y nuestros logros, etc. La Vida Eterna tendrá una misteriosa continuidad con esta vida, pero dentro de una radical transformación, nuestras lágrimas serán enjugadas, y este mundo será asumido y transfigurado. Cielos nuevos y tierra nueva (Isaías 65,17 – 66, 2; Apocalipsis 21,4).

Por supuesto que ese nuevo mundo y el modo en que ocurrirá la transformación es imposible de imaginar. Pero, ¿no forma parte de la fe la certeza de que el poder de Dios supera siempre nuestra imaginación? Enseña el Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes* 39):

Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. (...)

La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana (...)

Los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal...

Nada de esto tendría sentido si nuestra esperanza se reduce a creer en la mera inmortalidad del alma, si Jesús no resucitó en la carne, y si nosotros (con nuestros cuerpos incluidos) no estuviéramos llamados a resucitar con Él. Por eso, esclarecer nuestra fe en la resurrección daría un enorme impulso a nuestra capacidad de encarar los desafíos de nuestra vida personal, y a nuestro compromiso con el mundo y con el progreso social, mucho más que el discurso social secularizado y voluntarista que a veces suplanta el pensamiento propio de creyentes.

Habría tanto para decir... Pero por razón del tiempo hay que elegir un pensamiento final. Y creo que debe ser el que ocupa la liturgia de las últimas tres semanas de Pascua: la Venida del Espíritu. Nosotros solo resucitaremos unidos al cuerpo de Jesús. Por eso decimos que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y que Cristo es nuestra Cabeza, y nosotros, sus miembros, y que comemos de un solo Pan (la Eucaristía) para formar un solo cuerpo. Esto de ser un solo cuerpo no es un mero modo de hablar, una metáfora, es una realidad: por supuesto no en sentido físico, sino en sentido espiritual (pero “espiritual” no significa menos, sino más real).

Los diferentes miembros de un cuerpo físico en una persona están unidos por participar de un mismo principio de vida: el espíritu humano (sin el espíritu, el cuerpo ya no es cuerpo, es cadáver, sin principio de unidad, se disgrega). De modo análogo, los creyentes, siendo diferentes entre nosotros, en Cristo formamos un solo cuerpo porque compartimos el mismo Espíritu: el Espíritu Santo. Él es que nos reúne en comunión, sin privarnos de nuestra propia personalidad. Si Cristo no se queda con nosotros en la forma en que se manifestó a los apóstoles, si asciende al Cielo y se pone fuera del alcance de nuestra vista, no es para alejarse de nosotros, sino para hacerse presente de un modo nuevo, íntimo en el Espíritu.

Y esto tiene una consecuencia muy concreta para nuestra vida cotidiana. Pues, como dice, San Pablo, “si vivimos por el Espíritu, tenemos que dejarnos conducir por el Espíritu” (Gálatas 5,25). Éste es el vínculo íntimo entre Pascua y Pentecostés. Dos fiestas que hemos relegado, dos misterios sin los cuales no podemos saber quiénes somos. Pues son efectivamente hijos de Dios aquéllos que son conducidos por el Espíritu de Dios (Romanos 8,14)

Preguntas para reflexionar

¿Creo en la resurrección de Jesús tal como la testimonian los Evangelios y la enseñanza de la Iglesia?

¿Reconozco la dignidad de mi cuerpo? ¿Cómo lo trato?

¿Soy capaz de descubrir en mí, en los otros, y en especial, en los que más sufren la presencia de Jesús resucitado?

La esperanza de la Vida eterna, ¿tiene alguna influencia sobre el modo de vivir mi fe?

¿Siento la tentación de evadirme al “mundo espiritual” para no encarar los desafíos de este mundo?

¿Me comprometo suficientemente con el esfuerzo de mejorar la realidad que me rodea?

ORACIÓN

TU CUERPO ES PRECIOSA LÁMPARA

Tu cuerpo es preciosa lámpara
llagado y resucitado,
tu rostro es la luz del mundo,
nuestra casa tu costado.

Tu cuerpo es ramo de abril
y blanca flor del espino,
y el fruto que nadie sabe
tras la flor eres tú mismo!

Tu cuerpo es salud sin fin,
sano sin daño de días;
para el que busca vivir
es la raíz de la vida.

Tu cuerpo es lazo de amores,
de Dios y el hombre atadura;
amor que a tu cuerpo acude
como tu cuerpo perdura.

Tu cuerpo, surco de penas,
hoy es de luz y rocío;
que lo vean los que lloran
con ojos enrojecidos.

Tu cuerpo espiritual
es la Iglesia congregada;
tan fuerte como tu cruz,
tan bella como tu Pascua.

Tu cuerpo sacramental
es de tu carne y tu sangre,
y la Iglesia, que es tu Esposa,
se acerca para abrazarte. Amén

